

SUS CONTEMPORANEOS

DE LEÓN

De niño, a los catorce años, llevado de la mano por su tía Bernarda aparece Rubén en el templo de la intelectualidad de Nicaragua: El Ateneo de León, de los viejos doctores de la generación del 1880. De ahí salieron sus maestros y discípulos; sus detractores y admiradores y de tales plumas salieron las páginas que siguen como reflejo de la época y del ambiente de los contemporáneos coterráneos de Darío.

Aunque el Siglo XIX en Nicaragua no fue en verdad de carácter científico literario, como lo expresa don Nicolás Buitrago en sus memorias sobre León, ya en 1880, durante la administración del Presidente don Joaquín Zavala aparecieron y se hicieron sentir en las principales ciudades de León y de Granada, minorías o élites de vigorosa cultura en las que se distinguían y sobresalían hombres de gran prestigio y honra para la nación. Entre ellos estaban estos poetas, periodistas, literatos, maestros, jurisconsultos y otros que en diferentes medidas daban realce y nombre a Nicaragua; lo mismo que prominentes sacerdotes.

La característica especial o signo distintivo de esa generación la expresa el señor Buitrago diciendo que "a pesar de que habían absorbido la esencia del crudo positivismo que invadió al mundo desde principios del Siglo XIX, había en ellos una dedicación marcada por el cultivo de la Lógica como estudio principal de la filosofía de los valores. En ese nuevo desarrollo filosófico que existió entre los hombres del 1880, se hace de la fe religiosa como en realidad lo es, un acto razonable".

"En casi todos estos intelectuales, —observa Buitrago—, se halla en sus versos, en sus artículos y en la mayoría de sus producciones literarias, una poderosa mística laica; y todos presentan vacilación y duda sobre los sentimientos religiosos. Pero, al mismo tiempo se siente y se conoce que prevalece en ellos la fe dogmática que aprendieron a conocer y asentir en los suaves y santos regazos maternos, sin que hayan conocido por la falta de cultura religiosa, las buenas razones para fundar la credibilidad de esa fe, como nos lo dice Santo Tomás de Aquino".

EN SU MUERTE

NICOLAS TIJERINO Y LOAISIGA

Canónigo Orador sagrado Confesor del Poeta, a
quien durante su agonía le brindó los últimos auxilios
de la Religión Posteriormente Obispo de León

Los pueblos aman a sus poetas como a sacerdotes del sentimiento. Los pueblos cantan por sus poetas; ellos son los intérpretes de la multitud, que no puede hablar con el misterioso lenguaje de la poesía, reservado a los escogidos.

Al abrirse la tumba de Darío explotó el sentimiento de cariño para el bardo compatriota. Una corriente de emoción intensa circuló por las almas; se contempló su ocaso con el pavor con que se hubiera visto el hundimiento de un volcán en gigantesca convulsión.

Los jardines brindaron sus flores, los cipreses, sus encrespadas cabelleras para adornar los despojos del poeta. Un quejido lastimero, como el lúgubre clamor de una campana inmensa, resonó por la tierra de los lagos. ¡Ha muerto el poeta! El que arrancó a la lira castellana ignotas melodías; el que tejió con las flores de la idea ramilletes fragantes; el que con el ronquido del mar y las llamas del sol fué majestuoso y sublime. ¡Ha muerto!

Los preclaros hijos son el legítimo orgullo de un país: más que la exuberante naturaleza y el filón de oro en las entrañas de la tierra, los hombres ilustres son el timbre de gloria nacional. Ese sentimiento noble experimentóse en la muerte del esclarecido cantor. Se pensó en sus triunfos, en su brillante carrera literaria, en los aplausos del mundo castellano al inspirado artista del verso y de la idea, y se vió toda su gloria cayendo sobre la patria, como copiosa y perfumada lluvia de flores. No habíamos presenciado tan honda sensación, ni apoteosis tan espléndida. El Estado, la Iglesia, todas las clases sociales se unieron para la glorificación del ilustre muerto.

Tocó a la Iglesia su parte en el programa de los funerales. La Iglesia ha sido siempre amiga y protectora de las artes, reflejos de la divina Belleza. La Historia de los Papas, los monumentos religiosos de Europa, lo pregonan.

Dichosamente el bardo nicaragüense no fue impío, y si alguna vez su musa manchó las alas blancas de cisne en el barro de la tierra, con más frecuencia alzó el vuelo a la inmensidad del espacio y buscó a Dios más allá de las nubes entre las estrellas rutilantes.

Darío es sublime, incomparable, cuando

el sentimiento religioso sacude las cuerdas de su lira.

¡Oh Señor Jesucristo! porque tardas, que esperas
Para tender tu mano de luz sobre las fieras
Y hacer brillar al sol tus divinas banderas!

Surge de pronto, y vierte la esencia de la vida
Sobre tanta alma loca, triste o empedernida,
Que amante de tinieblas tu dulce aurora olvida

Ven, Señor, para hacer la gloria de Ti mismo
Ven con temblor de estrella y horror de cataclismo,
Ven a traer amor y paz sobre el abismo

Y tu caballo blanco, que miró el visionario,
Pase Y suene el divino clarín extraordinario,
Mi corazón será brasa de tu incensario

Cualquiera se imagina al Rey salmista con el rostro extático y la mirada encendida cantando al compás del arpa ante la grandeza de Dios.

Las dos últimas estrofas del Poema a Carmencita, que sirve de prólogo a los Cuentos de Salvador Calderón R., son de gracia encantadora y delicadeza exquisita.

Y ¿sabes tu, niña mía,
Porque ninguna hada había?
Porque allí,
estaba cerca de tí,
Quien tu nacer bendecía,
Reina más que todas ellas,
La Reina de las Estrellas,
La dulce Virgen María
Que ella tu senda bendiga,
Como tu Madre y tu amiga,
Con sus divinos consuelos
No temas infernal guerra,
Que perfume tus anhelos
Su nombre que el mal destierra,
Pues ella aroma los cielos
Y la tierra.

Murió como buen cristiano. Purificó su alma con ardientes besos al Crucifijo y el sacramento de la penitencia.

Era el último día de enero del corriente año. El sol derramaba torrentes de fuego sobre nuestra ciudad. El toque de una campanilla hacía caer de hinojos a los transeúntes. Iba Jesucristo sacramentado a visitar a un moribundo.

Darío yacía en su lecho de enfermo, pávido, extenuado. Sus labios se abren a la oración, y sus ojos se fijan intensamente en la hostia blanca. Comulga con muestras de fe sincera y recogimiento piadoso.

El Cristo Redentor dejó en el espíritu del poeta las alas para volar a las regiones de ultratumba. . .

EN SU INMORTALIDAD

SIMEON PEREIRA Y CASTELLON
Obispo

Ultimo Obispo de Nicaragua y primero de León

Orador sagrado

He aquí, como un espíritu, un glorioso portalira, un completo filósofo, un hombre, en fin, que bebió ansioso la luz en todas las fuentes de la sabiduría, supo mantener siempre firme, enhiesto, el tesoro de la fe, que jamás le abandonó y que en la hora final de la partida estuvo con él, latente en su alma, consciente en su ser, para servirle de guía hacia la serena inmortalidad y de antorcha en cuyos resplandecientes rayos la humanidad defenderá sus miradas como en el más elevado ejemplo del Bien y la Verdad.

Rubén Darío corrió por todos los senderos de la vida, sorbió el vino de las ansias infinitas, erró por mundos lejanos, llevando en su alma sus creencias de toda la vida. Cansado de la gloria que iluminó el ancho campo de la literatura, volvió a su patria, a su adorado rincón, de donde un día partiera en busca de horizontes en donde anegar su espíritu en la luz de la eterna verdad. Y volvió, y su hogar le ofreció las más dulces ternezas, los más encantadores panoramas, y cuando sintió que la vida se le iba, que en su reino interior empezaban a penetrar las sombras, recogió su fe como un peregrino su báculo y entró de lleno en el seno de la iglesia católica para demostrar entre el mundo que el verdadero genio está siempre cerca de la Divinidad.

Y yo, vi al poeta recibir con fervor, con unción verdadera, los auxilios de la religión a que estuvo acogido, y le ví animarse cuando la hostia inmaculada cayó sobre su lengua para la cual pedía los ardientes carbones del asceta, y le ví también asirse al Cristo de la agonía, besarlo y concentrar su alma en el misterio de los supremos instantes.

Rubén Darío no manchó su alma del mundo; sus obras son el más grande ejemplo de misticismo, y diríase, que sobre las páginas de sus libros y sobre sus estrofas pasó rozando el ala de la mística paloma y el perfume inviolable del incienso de los templos.

No se contaminó su alma con los ácidos de la moderna filosofía; pasó y conoció los sistemas haciendo solamente obra de análisis. Nunca un pensamiento grosero ni una idea malsana empañó el cristal de su corazón y de sus creencias.

Sus versos son modelos de belleza y de piedad. En muchos de ellos el alma atormentada del poeta asciende al monte celes-

te a bañarse de luz y de gloria para luego verter el néctar de sus ansias infinitas, de su fe de niño, de su convicción triunfante. Por eso, cuando aclama: ¡Oh, Señor Jesucristo, por qué tardas:

Y dice: mi corazón será brasa de tu incensario, reasume el grito más hondo de fe que hayan escuchado los modernos espíritus y es a manera de soplo que haya refrescado el corazón ardiente de los pecadores.

Y como Rubén Darío fue todo eso, en el terreno de lo espiritual, y como hombre culminó con los atributos que Dios solamente ofrece a sus dilectos, la Iglesia le ha hecho sus más grandes homenajes, la patria se ha envuelto en los cendales del dolor, la vieja campana del templo que le llamó de niño a la misa matinal, ha vibrado en un estremecimiento de pesar y sus notas han sido como el eco doliente de su querido León, de este León heroico y altivo, que ha rugido de dolor y sobre cuyas crines ansiadas y amadas, soñó un día dormir el poeta su sueño inmortal.

Y he aquí, cómo el destino quiso sembrar de goces en sus últimos días al glorioso Darío.

Si tuvo en su querida metrópoli flores para sus pies de peregrino, admiración para su frente de pensador y laureles que pregonasen sus excelsos triunfos, ese mismo destino quiso también conservar le su única y legítima esposa, sin duda para que ella, amante y solícita, cerrase los párpados ilustres, fuese como la hermana de la caridad junto al lecho del moribundo y para que le prodigase los postreros bálsamos de amor y de consuelo cuando empezaban a entrar las sombras en el reino interior de su ser.

Ya Darío va a descansar, ya duerme en el agosto templo de la gloria y de la inmortalidad.

Vedlo allí, ornada la frente con el mirto simbólico, lo mismo que Dante, Milton, Shakespeare, sus hermanos en las grandes alturas.

Descansa ya, oh genio que recorriste los caminos de la fama.

Duerme, Darío, poeta esplendente que inundaste de luz los dominios de América y cuyos bosques arrullaste con las armonías divinas de tu divino plectro.

Ya reposas en la gloria del Señor.

ORACION DE POETA

AZARIAS H. PALLAIS

Presbítero, poeta, iniciador del movimiento que más tarde se denominó "Vanguardia — Constituye con Alfonso Cortés y Salomón de la Selva los tres más grandes poetas nicaragüenses después de Rubén Darío, orador de fama! —Autor de varias obras—

Por ventura hemos podido desentrañar los tesoros de la luz? Mariposas de oro, rocío de diamante, lágrimas de plata, espuma de nácar, pupila de fuego, topacio en el follaje y zafiro en la estrella, jacinto en la chispa y esmeralda en la fronda. Nada tiene que ver la luz con el análisis. Puede la mirada humana escudriñar la penumbra y luchar brazo a brazo con la sombra, pero las aureolas son el numen: vírgenes desposadas con el desmayo, regiones inefables en donde florece el éxtasis. Recordáis la inefable fragua de Vulcano; la zarza en llamas del monte Horeb? Venid: adoremos: porque Dios se ha manifestado, y he aquí que, nosotros los hombres, mitad tinieblas, mitad luz, para el resplandor tenemos la genuflexión, y para el relámpago la plegaria.

Con Rubén Darío nada tiene que ver el análisis. No veis que le ha sido dado el privilegio de las altísimas cumbres: un poder milagroso semejante al poder de la luz: virtud multicolora y multiforme de transformar la arcilla en piedras preciosas, de poblar los desiertos y de sembrar la comedia de la vida en el silencio de las tumbas.

Los críticos, inteligencias medianas, hechas para apreciar el valor concreto de los términos y el número común de los signos, nada entienden de la metamorfosis de la palabra, la palabra perdiendo su cifra clásica y transformándose en una palabra viva por los siglos de los siglos. Allí, en esa vibración inmanente y creadora que centuplica los moldes de la expresión y sostiene la juventud eterna del lenguaje, de manera que ya no sea el decir en manos del vidente, criatura torpe y rebelde de altiva cerviz, sino esclava humilde y sumisa, como el barro en manos del alfarero, allí reside sin duda el secreto de Homero, el talismán de Isaías, el amuleto cabalístico de los verdaderos príncipes. En Dante y en Shakespeare no hay palabras sino almas: en una sonrisa, en una mueca, en una mirada, en un beso, en un rugido, las almas de los tiempos, las almas de las cosas y las almas de las almas, destacándose al conjuro del poeta, en el fondo sencillo del silencio, como relámpagos que se entrecruzan en el abismo.

Así procede la luz, santificando todas las cosas, desprendiendo vida de la muerte, y

perfume de la corrupción: qué es lo que hay en el cadáver? Miseria y podredumbre? Os engañáis. Flota sobre los cadáveres, como una garantía de respeto y de nobleza la paz blanca y del marfil. En las enrañas de la noche no vive la traición, sino el ébano tranquilo de las filosofías hondas y calladas. Y en la sangre de habla de ruinas, brilla la púrpura que habla de triunfos. Porque esa es la esencia de la luz, sacar fuerzas de flaquezas, y cantar en medio de las catástrofes del mundo el himno triunfal de la esperanza.

Y si hasta en las ruinas triunfa la luz, cómo serán sus triunfos en el triunfo? Cuando sale de la espuma, con los cabellos sueltos, en una concha tirada por cisnes la hija de Zeus, la inmortal dolosa, la de cinco tronos, Afrodita Reina: cuando bajo los arcos de la Vía Sacra, pasan las cuadrigas victoriosas; cuando sube al patíbulo de los esclavos, la luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene a este mundo.

Y así es Darío, como la luz!

Queréis ébano? Oíd: "El alma simple de la bestia es pura".

"Dichoso el árbol que es apenas sensitivo,
Y más la dura piedra porque esa ya no siente,
Pues no hay dolor más grande que el dolor
(de ser vivo,
Ni mayor pesadumbre que la vida consciente
Son formas del enigma la paloma y el cuervo,
La muerte es la victoria de la progenie humana,
La pena de los dioses es no alcanzar la muerte".

Queréis púrpura? Y la Oda a Mitre con los centauros de las metropas, y el cóndor, y las pampas, y la música de Quinto Horacio Flaco? y los hexámetros de Homero, y el revuelo de la tempestad?

Queréis más púrpura? Y las evocaciones mágicas de la marcha triunfal? Roma exultat victorix. Las energías del alma antigua cristalizadas en forma de cuadriga, se embriagan de apoteosis, al compás solemne de las tubas heroicas. Arma virunque cano, dice Virgilio. Ya no se dirá Epiniquios de Píndaro, sino también Marcha Triunfal de Darío, y en la Canción del Oro reina el topacio, mariposa blanca de alas tembladoras, el oro de los crepúsculos, señor de la melancolía, el oro del oro, señor de la muerte, y el oro de la muerte, señor de la vida.

BIEN LO RECUERDO

FELIPE IBARRA

Abogado, uno de los más destacados filólogos y gran purista del idioma, poeta, autor de sus conocidas "Becquerianas" maestro de primeras letras de Rubén Darío

Bien lo recuerdo. Hace más de veinticinco años, una tarde de otoño, paseaba yo con un colega mío, por la Calle Real de la Metrópoli nicaragüense, y al pasar por Las Cuatro Esquinas, advertí que un niño, en la casa de doña Bernarda Sarmiento, primoreaba famosamente en un acordeón.

Mi compañero y yo entramos en esa casa, porque nos dió prurito de conocer al músico infantil y de relacionarnos con él.

Era un muchacho endeble, cabezón, crenchas rubias, tez blanca, rostro aquilino, frente espaciosa y ojos grandes y centelleantes.

Desde aquella tarde fui su amigo, y como yo era profesor de primera enseñanza, su madre adoptiva, la señora Sarmiento, lo mandó a mi escuela.

Por esta circunstancia, pude comprender desde el principio, que en la cabeza de aquel humilde párvulo se albergaba un intelecto monstruoso; pues en tan corta edad, y cuando apenas sabía leer y escribir, ya hacía muy buenos versos, que empezó a dar a luz, a veces ligeramente castigados por mí.

Bien lo recuerdo. Yo le enseñé el cristus y el Catón Cristiano y el Catecismo del padre Ripalda, porque en aquella época, en nuestro país, eso era lo que de rigor se enseñaba a los chiquitines en las escuelas elementales.

Yo fui quien escuchó sus primeros trinos y gorjeos.

Rayaba por el Oriente, en el horizonte de mi vida, la risueña aurora de mi juventud, y el era un niño. No —como ya lo dije— cualquier niño, semejante a los demás de mi escuela y de todas las otras de Nicaragua, sino un niño extraordinario, excepcional, que por su talento prodigioso, revelaba que más tarde sería lo que hoy es: el fénix de los poetas latinoamericanos.

Desde entonces pensé, como pienso ahora que aquel endeble muchacho, era un pollo de cóndor, una cría de águila, verdadera larva de un genio.

Era RUBEN DARIO!

Después aquella larva se tornó mariposa de luz, que voló por el campo risueño y florido de las letras humanas, portando sedienta en el perfumado cáliz de las rosas del

Parnaso el dulcísimo néctar de la verdadera poesía.

Aquel pollo de cóndor fue creciendo y emplumado, y al sentir un día la poderosa fuerza de sus remos de águila, remontó su vuelo por los diáfanos horizontes del Arte, y se encumbró en ese espacio infinito, inconmensurable, hasta llegar a la región de los soles, sus hermanos!

Ingresó en Chile, y allí fué proclamado ingente alumno de las musas.

Pasó al Viejo Mundo, y el parnaso europeo lo recibió con grandes ovaciones.

Al llegar a París lo saludaron todos los diarios de la tarde.

Llegó a España y a Italia, y en esas naciones fue coronado rey de los poetas hispano-americanos.

Y al volver hoy a su país, después de larga ausencia, le victorea y glorifica el pueblo nicaragüense.

Hora su patria le hace una verdadera apoteosis.

Salve al excelso espíritu!

Cantemos al genio el sonoro poema de la gloria!

Cantemos al poeta la canción del mérito, el solemne epinicio de sus triunfos en honor de la patria!

Aquel niño endeble, que fue mi discípulo, ya no primorea famosamente en el acordeón.

Hoy tiene en sus manos el brillante plectro Víctor Hugo y la regia trompa del divino Homero!

Ahora es el dios Apolo, rodeado de las musas, con su mágica lira, en la sacra montaña del florido Helicón!

Su palabra de oro resuena en toda la haz de la tierra.

Sus raros pensamientos en prosa y verso, cada uno de sus períodos sublimes y cada una de sus bellísimas estrofas, son grandes bloques diamantinos en que descansa el edificio de su inmortalidad, como literato y poeta incomparable.

Cantemos, pues, al fénix de los poetas, la canción del mérito!

Cantemos al genio el sonoro poema de la gloria!

Salve, oh Rubén! Yo te aplaudo y te admiro!

¿DONDE HALLO SUS PRIMERAS IMPRESIONES?

MODESTO BARRIOS

Abogado, político destacado —orador— fue uno de los primeros en reconocer el genio de Rubén y en estimularlo Primer Director de la Biblioteca Nacional a la cual se llevó al poeta

A qué momento comenzó este joven? Dónde halló sus primeras impresiones? De dónde le viene esa inspiración inagotable?

Así exclama JULES JANIN al hablar de Torres Caicedo que en temprana edad había ganado un nombre en las letras y en la política.

Cosa semejante pudiera decirse de Darío, de ese a quien con justicia se ha llamado el POETA NIÑO. Cuenta ahora diez y ocho años. Pero antes de llegar a la juventud, ya la flor de la poesía reventaba en su alma. Parece que las nueve musas le visitaron en la cuna, le tocaron con sus blancas manos y le imprimieron en la frente el beso de la inspiración. Quién le enseñó a medir el verso, quién a escoger la imagen apropiada, a huir del lugar común, de la hinchazón, del ripio, a tener en fin ese gusto exquisito que revelan sus producciones? ¡Quién le había de enseñar! Las reglas podrán prevenir contra la precipitación que a veces inutiliza las mejores disposiciones, pero no enseñar el estilo, la armonía, el juego, la fantasía inagotable, éstos son como caricias de naturaleza a pocos concedidas.

Poco, muy poco ha estudiado Darío. Cuántas veces el que ésto escribe y a quien él aprecia, le ha reñido por su indolencia! Creo que hasta hace pocos meses ha empezado a sacudirse del marasmo del medio en que ha vivido. Ojalá que persevere. Pero hay en el genio un no sé qué sorprendente, una intuición rápida como el relámpago, una plasticidad "céracea", un poder de adivinación, en fin Darío, de una ojeada abarca, comprende, sondea: con un pequeño esfuerzo se asimila cualquier estilo; y el carácter de tal personaje, la trascendencia de tal hecho histórico, adivinalos y escríbelos en una pincelada. El genio, ha dicho Castelar, tiene sus enfermedades. Ciertamente hay en esos seres excepcionales, caprichosas, debilidades, extravíos que solo se explican como efectos de potencia prodigiosa que se siente estrechada, comprimida en el cerebro que habita. Esto que se llama sentido común es como fuerza centrípeta, y el poeta, el verdadero poeta apenas roza con su pie la tierra, sintiendo la nostalgia del infinito parece uno de esos ángeles de los cuadros antiguos, con las alas, las manos y los ojos, el cuerpo todo, en actitud de ascender. La enfermedad de Darío es no reconocer que vive en un mundo

de prosa pura, mundo que cada día se encalla, se materializa, se petrifica y cuya sed de oro ha de ser castigada como la del Rey Midas. Vedle, pues, cómo vaga de uno a otro punto, cómo se muestra indiferente, descuidado, absorto, cómo parece despreciar hasta la felicidad en forma de colocación, más o menos ventajosa. Pero no le tengáis a menos, no le despreciéis; la chispa del genio ilumina su pupila, ha venido a alumbrar y encantar. Ponedle una pluma en la mano, y el ángel de la inspiración alzará su vuelo y su huella será de luz y armonías.

(Publicado en "El Ferrocarril" el 20 de Junio de 1884)

Los señores Barrios y Gámez se lo trajeron a Managua con el fin de presentarlo al Presidente Zavala y a los miembros del Congreso, y tratar de que diese un decreto para enviar al poeta niño a estudiar a Europa por cuenta del Estado

En esta época el doctor Barrios ayudó a Rubén con un interés poco común, pero propio de él. El doctor Barrios era Director de la Biblioteca Nacional, que se había inaugurado el 1º de Enero de 1882 con 5,000 volúmenes seleccionados en España por don Emilio Castelar, en virtud de encargo del Presidente don Joaquín Zavala. Hizo a Rubén su colaborador en ese Centro, cargo interesantísimo para el bardo adolescente, y regularmente remunerado. El doctor Barrios se dedicó a dirigir a Rubén en sus lecturas, en forma metódica, a fin de que se procurara ordenados y sólidos conocimientos literarios y de cultura general. Pocos como el doctor Barrios podían haber hecho esta labor, él tenía la paciencia y la abnegación de un verdadero Maestro, y la ilustración de un connotado literato.

En su labor que se había impuesto, el doctor Barrios tenía que corregir y reprender a Darío. Una vez lo echó de su casa y le dijo que no volviera a poner los pies en ella, si no se enmendaba. Rubén pidió posada en la casa de enfrente, donde el doctor Gerónimo Ramírez, y con las miras que el doctor Barrios lo supiera y se condoliera de él, tomó como cama el mostrador del doctor Ramírez. El doctor Barrios, paciente y bondadoso siempre, se lo llevó nuevamente a su casa, y siguió ayudándole como antes.

El doctor Barrios se interesó porque Darío tuviera buenas relaciones, que pudieran beneficiarlo, él lo presentó al Presidente Zavala, y después al Presidente Cárdenas. Durante la administración de este mandatario, Darío desempeñó puestos públicos de importancia, y era siempre uno de los invitados a las grandes fiestas oficiales. Casi siempre a ambos, al doctor Barrios, y a Darío, les tocaba hablar en estos actos, el primero pronunciando un discurso y el segundo, recitando un poema. Así sucedió en la velada que organizó la señora esposa del Presidente Zavala y que se llevó a cabo el 16 de Abril de 1882 en la Cámara de Diputados siendo Director Artístico el Dr. Barrios como Secretario que era de la Sociedad de Beneficencia, ya que se trataba de coleccionar fondos para el Hospital General.

(Publicado en "Modesto Barrios" por Julio Linares).

QUISO QUE SUS DESPOJOS FUERAN PARA SU PATRIA

SANTIAGO ARGÜELLO

Abogado, filósofo, profesor, ensayista, poeta y orador.
Autor de numerosas obras como "Ocaso", "El Poema de la Lanza", "La vida en mí", "El vaquero del Cortijo", "Mi mensaje a la Juventud", "El Divino Platón", etc.

Vuelve a desatarnos la ausencia nuestra doble fraternidad de corazón y de intelecto, me dijo cierta noche, bajo el cielo de España, junto a un tren que se iba, tras un abrazo largo de triste despedida. Y una lágrima me cegó las pupilas. Mas luego, una esperanza amanecía en lo más hondo de mi ser; una esperanza que tiñóme de rosa mis nublados, y me secó la lágrima. Volveremos a vernos!

Y hoy... fui yo quien lo vio irse. . . y las lágrimas que ciegan mis pupilas y me quemar los párpados no podrán sonrosarse ni secarse con el amanecer de una esperanza, porque la sombra de ausencia postrera es la sombra infinita, de una infinita noche sin aurora.

Permitidme que evoque la visión de un recuerdo, triste y dulce, como la grata melancolía de las horas murientes de un crepúsculo.

Rubén yacía sobre un lecho de enfermo, en el rincón de una provincia francesa. Sentíase morir. En el cuarto alquilado, la noche de una angustia flotaba sobre la soledad! Era el silencio como la tiniebla del sonido, y era la sombra como el silencio de la luz.

Y sintió el poeta, enfermo, que en la mente le dolía una idea y que en el corazón sangraba un sentimiento. Era la idea de la Patria, y el sentimiento de expirar lejos de ella. Era su Nicaragua, su tierra desgraciada, abatida por la tempestad y asolada por el infortunio: la tierra en que él pensaba siempre, la que llevó entre sus ansias, la que no salió jamás de sus instintos, y que debía ser por la atracción de los destinos, regazo para su agonía, mortaja para su cadáver y osario para sus huesos.

Y esa idea y ese sentimiento fueron creciendo en él como una obsesión de moribundo. Y, cuando más no pudo, cogió el poeta a su enfermero de la mano, y le rogó escribir lo que él dictara. Y lo que aquellos labios, al parecer indiferentes, dictaron, era como el poema de un desbordante amor de hijo, cristalizado en lágrimas.

"La República Argentina fue una tierra de gloria para mí, dijo él. Háblase ya de conservar mi cadáver. Lo agradezco. Pero quiero otra cosa: que mis despojos sean para Nicaragua. Ya que mi patria no me guardó vivo, que me conserve muerto"

Y el dedo de Dios le señaló el camino.

El vino lentamente, paso a paso, a recibir el beso con que sellaron su fuga de la vida los mismos labios que lo besaron al nacer en la cuna.

El ya tiene el regazo de madre que quería.

Y ella, la Patria, ya se vio convertida en una esplendorosa tumba de la gloria de su hijo.

Si tú sientes sed de altura,
y del éxtasis la estrella ves que en tí, débil fulgura,
sí en místicos instantes, en la calma
de tu cansado ser, tienes empeño
de buscar solo á Dios, único dueño,
y en el lago hiperbóreo de tu alma
pasa la góndola del sueño,
enña .

La capilla
te espera, y el coro
su regazo te ofrece de sombras, cada vela brilla,
mientras rezonga el ritmo del órgano sonoro
Parpadeando, cada vela brilla
como invertida lágrima de oro

Y sobre el raso virginal del manto de la
(Madre María,
temblará sutilmente
una frágil corriente
de suave luz, como un lejano día

Y entre ese fulgor suave como de alpina cumbre,
y en un bajel, del cielo ribereño,
te vas á ver pasar sobre la lumbre,
embarcando en la góndola del sueño.

El órgano sonando
Tú, medio hundido en tu cojín de incienso,
sobre intangibles olas navegando .

Y en el místico ardor de su delirio,
cogerás la custodia entre sus manos,
y pegarás tus labios al martirio
que en la forma se imprime, tus humanos
labios ansiosos de blancura,
místicos labios, labios sabios,
labios que buscan otros labios
para arrancarles la amargura,
labios que anhelan lo sagrado,
labios sedientos de la hiel,
labios que buscan el costado
para sorber la sangre en él.

Y, al sordo son de una salmodia,
pondrás sobre tu rostro la custodia
Y esa custodia, con sus rayos rojos,
te cubrirá los ojos,
mientras la casta forma, la que tu alma invoca,
un albo sello te pondrá en la boca.

"DARIO": APELLIDO QUE ES MIO HOY UNICAMENTE

RUBEN

El nombre de Rubén Darío se ha hecho grande ya en América: el "poeta niño" se convirtió en gigante para escalar las cimas de ese monte mitológico conocido con el nombre del Olimpo.

Cerebro ardiente y fantasía soñadora, imaginación poderosa que vuela en alas de lo ideal, pensamiento atrevido que se remonta más allá de lo azul en el espacio; sí, eso encontramos en la obra literaria de Rubén. Nació artista y con su plectro divino hizo sonar esa lira de mágicos sonidos que se esconden tras el velo inconsútil de la madre naturaleza.

A Rubén se le acusa de decadente y se le tiene por Maestro de esa Escuela en nuestros países indohispanos, pero no seré yo quien se atreva por eso a lanzar sobre él el más leve reproche: los sueños del poeta cuando son como doradas mariposas que revolotean en torno de la luz de la palabra, ¿qué importa que los colores que brillan en sus alas sutiles sean de polvo impalpable que se pierde con el más ligero soplo, si así aparecen tan bellas y primorosas, y recrean la mirada siquiera por un momento?

En las poesías de Rubén se bebe la miel de la armonía: hay en sus cantos bélicos, sonidos de clarines y tambores que se oyen claramente, así como en aquella traducción de Las Campanas de Edgard Poé, hecha por Domingo Estrada, se percibe el sonido del bronce allá a lo lejos, pero claro y evidente; ese es el gran poder de la armonía.

Desde años atrás, que fue nombrado Cónsul General de Colombia en Buenos Aires, allá reside el célebre cantor de las glorias de Chile.

Tan luego el Gobierno de Colombia suprimió aquel consulado, Darío ocupó a principios del corriente año, el puesto de Secretario privado del Director General de Correos y Telégrafos de la Argentina.

Las noches tempestuosas que han pasado sobre su vida, como él dice, le han llevado a aquellas playas extranjerías, pero no olvida a Centro América y mucho menos a Nicaragua, lugar donde nació.

Los golpes rudos que ha sufrido lo han hecho escéptico: para él ya no hay familia,

ALEJANDRO MIRANDA

Liberal doctrinario, fundador de la famosa librería "Las dos carátulas" cuya significación fue de gran importancia para el desarrollo científico y literario de nuestra sociedad en el primer cuarto de este siglo

ya no hay amigos, ya no hay afecciones de esas que ligan al hombre con el hogar donde vió la luz primera.

Sobre esto oigamos lo que le dice a su amigo y antiguo compañero de letras, el señor don Román Mayorga Rivas, en una carta que le escribió en Febrero de este año:

"Y en verdad, tengo yo a qué volver? No Familia? Tengo yo, he tenido yo familia acaso, en toda aquella gente de mi apellido, apellido que es mío hoy únicamente?"

¡Cuántos no extrañarán oír eso que dice Rubén! Pero si supieran las decepciones que sufre un hombre del temperamento de Rubén, con las indiferencias de la familia y de sus amigos, le darían la razón.

Más adelante, agrega en la misma carta:

"Tengo un hijo y un recuerdo sagrado: esa es mi familia. Amigos dirás. Pues si mis amigos de infancia, que son los únicos, se han concluido también. Unos han muerto, otros se han alejado, otros cuando he llegado, me han mirado como a un extranjero, me han tratado sin la confianza de los primeros años. He encontrado una generación nueva que yo dejé en la infancia".

"En fin, cada vez que me he acercado a la tierra en que nací, ha sido para padecer. Oh, Román, tú sabes las tristezas morales de mi niñez, las penas de mi juventud; sabe también, amigo mío, las cosas dolorosas del hombre!".

"Qué más decirte de mí? Que hago una vida de trabajo. Que he dado a la prensa sobre todo a "La Nación", en estos tres años, lo suficiente para tres o cuatro libros. Que continúo y continuaré en la brega".

Eso basta para demostrar lo que sufre moralmente el gran poeta centroamericano en sus horas de nostalgia, allá lejos, en la New York de Hispanoamérica.

¡Y pensar que tiene sobrada razón en sus quejas que envueltas en acíbar hemos leído en esa carta!

Y en poco está que no exclame como aquel antiguo romano ¡oh tierra ingrata, no poseerás mis huesos!

¡Y yo sería el primero en decir: tiene razón!

LA VANIDAD DE RUBEN DE DIA EN DIA HA CRECIDO

MARIANO BARRETO

Juriseconsulto de nota, Politico destacado, reconocido filólogo, escritor y poeta, autor del libro "Bishop" de nuestro lenguaje.

Referente a este ilustre poeta y literato argentino, tengo que dar a mis lectores una noticia dolorosa.

No es la de su muerte, que esta sería de más gravedad para él, aunque no para su nombre de poeta y de escritor eximio, ni para las letras americanas.

No, él está vivo, pero indudablemente ha sido víctima de un desequilibrio intelectual, y no sería extraño que dentro de poco abandonara por completo los dominios de la razón, como ha abandonado en literatura, los dominios del arte y del buen gusto.

Los síntomas de ese desequilibrio, que cada día se le desarrolla más y más, se advertían en él desde hace muchos años.

Para descubrirlo no se necesita el ojo de un gran observador.

El ruido que en el mundo literario han hecho sus obras; los necios aplausos con que aprendices de literato y escritores de mal gusto, han acogido sus más locas extravagancias; y la vanidad que sin descanso le ha aguijoneado desde niño, han contribuido a que se despeñe en los más hondos precipicios.

¿Volverá sobre sí? — Yo no lo creo: Góngora no volvió.

Conservo de Rubén algunos recuerdos.

El era niño todavía, pero ya revelaba sus grandes dotes intelectuales. Sus versos habían sido favorablemente acogidos en nuestros salones. Improvisaba con sorprendente facilidad. La prensa lo había dado a conocer con el sobrenombre de Poeta-Niño; pero ya desde aquellos tiempos la serpiente de la vanidad se le había enroscado en la garganta. No atendía nunca las observaciones que se le hacían. Enseñaba sus versos para que se los aplaudieran.

Una vez me leyó una composición titulada La Cegua. Esta composición la juzgaba él de gran mérito literario. Cuando concluyó la lectura me preguntó ¿Qué tal? Mala, muy mala, le contesté. Consultó con otros amigos que fueron de la misma opinión.

Años después, cuando sus alas de poeta se habían agitado ya en un espacio inmenso, me regaló un ejemplar de su composición a V. Hugo. Cuando le hube leído me preguntó ¿que te pareció de mi composición? Mala, muy mala, le contesté. Entonces, con soberano desprecio, me dijo: No me conformo con tu juicio: tu inteligencia no puede medir

mis versos, tu gusto literario no puede saborearlos. Vamos a recabar la opinión del Maestro Contreras (crítico respetadísimo por él). Llegamos a casa del señor Contreras, le dejamos la composición, y pocos días después publicó un artículo en que la despedazaba.

La vanidad de Rubén ha crecido de día en día. Según se expresa en sus Prosas Profanas y otros poemas, él no formará escuela, porque nadie podrá imitarlo. Sus obras no serán juzgadas, porque los críticos de más vuelo no pueden llegar a él, no comprenden el arte. Góngora no presumió tanto.

Rubén tiene ya dos épocas como las tuvo el autor de las Soledades. El Rubén del Azul es inmensamente más grande que el de las Prosas Profanas. El primero es fresco, natural, exuberante de inspiración, rico de melodías, forjador de frases nuevas, de pensamientos delicados. Artista de la palabra, seduce con la gracia y los encantos de su estilo. Amante de la literatura francesa y empapado en ella, no pierde, sin embargo, el sabor de las buenas letras castellanas. El segundo es oscuro, alambicado, ininteligible a veces. Piensa que arranca con su pluma de oro los más íntimos secretos del arte, y se pierde en el laberinto de una literatura detestable. En medio del vértigo, en medio de los delirios de una fantasía extraviada, piensa que huella con su planta de Rey los jardines de la belleza, cuando deja sus vestidos hechos jirones en ásperos e intrincados zarzales. Piensa que es dueño absoluto de los campos en que las ideas florecen, en que los pensamientos nuevos, grandes, originales, se desarrollan al impulso de una sabia generosa, cuando tambalea y cae en profundos despeñaderos.

Si Rubén hubiera escuchado la voz de la crítica juiciosa e imparcial, si por momentos al menos hubiera descendido del palacio de irisados cristales en que la vanidad le ha encerrado, no hubiera bajado hasta los últimos peldaños del mal gusto en materias literarias. Bien es verdad que este poeta y literato desequilibrado tiene lúcidos intervalos. He visto un artículo de él referente a España. En ese artículo brilla en toda su fuerza la inteligencia vigorosa y el gusto acendrado de un escritor que respeta los fueros de la razón y que engrandece los campos de una hermosa literatura.

Ya sabrán mis lectores que Rubén, en

cuyo corazón no palpité jamás el amor a la Patria, se ha hecho ciudadano argentino.

¡Qué diferencia tan grande existe ahora entre el literato y poeta nicaragüense y el literato y poeta argentino!

Voy a demostrarlo, y con este objeto copiaré algunos párrafos del Azul, y parte del artículo que sobre Stéphane Mallarmé publicó en Octubre de 1898, en El Mercurio de América. Los lectores de la Patria juzgarán.

Traguemos primero la endiablada pasta argentina, para que saboreemos después el almíbar nunca empalagante del Azul.

STEPHANE MALLARME

Al Director del Mercurio de América.

"Me encarga el Mercurio un estudio sobre Stéphane Mallarmé, que acaba de morir, trabajo por hacerse dentro de cincuenta años, duelo actual de todo intelectual del mundo.

Vacilación en mi ánimo, primero, de modo de no querer realizar, en mi idioma, inútilmente, esa labor ardua perteneciente a un escritor de mañana, que ha de descender en la mina prodigiosa por el ensayo futuro.

Para el instante necrológico, a mi sentir, precisábase, ello es de diamantina demostración, el soneto mismo del Orfeo excepcional, la pequeña lira, no más grande que la concha de una pequeña tortuga, con la cual recibiesen ya la ofrenda armoniosa, o Baudelaire o el angélico y tenebroso a un tiempo mismo, Yankee.

Tel qui en lui-même en fin Paternité le change ..

.. Ausencia preconcebida de la usual ayuda de lo incidental, cara a la pureza en la cerebración, el pensamiento parangón queda por lo tanto en su soledad, sin otra corte que sus propios fulgores, asunto de aspirar en la rosa espiritual la única mágica perla de esencia.

.. Muerto ya, que es sino la veneración cariñosa de quienes le supieron solo en la procesión inmensa de los escogidos.

Sobre la almohada purpúrea, la palidez, sobre la cual la inaudita Tiara a siete órdenes de gemas. Ese humo de color de oro, en la cazoleta, deja semi-

materializarse tantas faces de oriente . Sonrisas de las difuntas princesas! he aquí que traza un signo nuevo, sobre el lago en silencio, el cisne, que comprende".

¿Quién no creerá que el autor de estos párrafos es digno de ocupar un manicomio? Indudablemente el poeta y literato argentino ha sufrido notable desequilibrio en sus potencias intelectuales. Esto es, según su modo de hablar, de diamantina demostración.

Recordemos ahora al literato y poeta nicaragüense, recordemos a nuestro Rubén, en su hermosísima canción del oro:

"Cantemos el oro, porque de él se hacen las tiaras de los pontífices, las coronas de los reyes y los ceiros imperiales, y porque se derrama por los mantos como un fuego sólido, e inunda las capas de los Arzobispos, y refulge en los altares, y sostiene al Dios eterno en las custodias brillantes

Cantemos el oro, en el arnés del caballo, en el carro de guerra, en el puño de la espada, en el lauro que ciñe cabezas luminosas, en la copa del festín Dionisiaco, en el alfiler que hiere el seno de la esclava, en el rayo del astro, y en el champaña que burbujea como una disolución de topacios hirvientes

Cantemos el oro, purificado por el fuego, como el hombre por su sufrimiento, mordido por la lima, como el hombre por la envidia, golpeado por el martillo, como el hombre por la necesidad, realizado por el estuche de seda, como el hombre por el palacio de mármol

Cantemos el oro, esclavo, despreciado por Gerónimo, arrojado por Antonio, vilipendiado por Macario, humillado por Hilarión, maldecido por Pablo el Ermitaño, quien tenía por alcázar una cueva bronca, y por amigos las estrellas de la noche y los pájaros del alba y las fieras hírsutas y salvajes del yermo"

Y el autor del Azul, el inspirado cantor y aplaudido literato de 1890, ¿Es el mismo que ha escrito el revezado estudio sobre Stéphane Mallarmé?

SIN RAZON Y SIN JUICIO CANTARA, Y SU CANTO SERA BELLO

Al doctor Don Mariano Barreto
Pte.

Mi querido maestro:

He visto su artículo titulado Rubén Darío, que está en el número 5 del tomo IV de la revista La Patria.

No es la primera vez que el gran revolucionario de la poesía hispano-americana, es juzgado de ese modo por compatriotas. Nicaragua se siente orgullosa de haber sido la cuna de Darío, y hoy, el nombre de mi

JUAN DE DIOS VANEGAS

Abogado de prestigio, maestro de generaciones, fundador junto con el Dr. Antonio Medrano de la Academia de León, que tuvo fama por sus juegos florales, escritor y poeta, fue la fuente viva de información de los investigadores darrianos

patria va a la par de él, gozando de los aplausos que le tributan.

No seré yo el sandio que en desigual torneo pretenda asiillar lanzas con un crítico tan respetable como Ud., pero como su discípulo que he sido y continúo siéndolo, tengo derecho para objetar sus razones, á ver si con una segunda explicación logra convenirme.

Leído su artículo de Ud., resulta que el maestro y el discípulo tienen una idea muy distinta del famoso conteur, tan distinta, que

llego hasta presumir que hay desequilibrio en sus sentimientos, cuando piensa que la muerte de Darío, no sería cosa de mayor gravedad para las letras americanas, (y no americanas); y cuando afirma, que la vanidad con sus alas de plomo, le ha hecho caer en profundos despeñaderos.

Darío ha tenido y tiene vanidad. Está bien. Su vanidad la dió a conocer desde que se sintió poeta, y antes que la fama lo halagara con su ruido. Allí está el genio.

Víctor Hugo, niño sublime, en temprana edad, disputando la victoria en un certámen lírico, puso una nota a su composición advirtiéndolo los años que apenas tenía, alusión que a los jueces le punzó con repugnancia y no le adjudicaron el premio.

La vanidad de Darío es grande, porque tuvo conciencia desde niño, de lo que en breve llegaría a ser. Se sentía con alas, quería volar y cuando se daba contra la jaula de las reglas hermosillescas, trataba de quebrarla con su soberano desprecio. El genio lidiando con la Academia.

Hoy Rubén dice que nadie podrá imitarle porque su literatura es suya, y sólo suya. Inmensa vanidad, pero que afirma una verdad más grande todavía. ¿Dónde está el discípulo o seguidor que haya logrado robarle su acento por un instante? El estro no se roba; se recibe de la madre naturaleza.

Y a esto lo llama Ud., desequilibrio mental, y muy pronto absoluta carencia de razón, voz que saldrá de las celdas del manicomio. ¡La gloria postrera de Maupassant!

El ruseñor carece de juicio y buen gusto musical, y nos regala con su "cantar sabroso no aprendido": las olas del mar no tienen inteligencia, y nos adormecemos en la arena de la playa escuchando su rumor de armonía que se desmaya dulcemente, y aquel dichoso sabio, logró extasiarse escuchando el concierto de los astros.

Darío, sin razón y sin juicio, cantará, y su canto será bello.

Abandonemos este punto de crítica personal, y veamos, entrando en la crítica literaria, si en la región de lo incomprensible, Rubén Darío es el mismo.

El arte moderno va quien sabe donde, en literatura; tal vez, como dice el criticado, "descendiendo con Mallarmé, en la misma prodigiosa por el ensayo futuro".

La literatura francesa, a la vanguardia, busca nuevos rumbos; un ideal donde el pensamiento pueda encontrar sólo cosas con alma, y representar estos objetos con un estilo que lleve algo desconocido y misterioso. Esto ha venido a formar una corriente a la que muchos se resisten, pero en la mayor parte cede al imperio de la invencible moda. El lenguaje entra en esa corriente como en el lecho de Procrustes, pierde su sencillez antigua y aparece con nuevos pulimentos y facetas, dando al oído una música extraña, hija de una nueva instrumentación, que emite

acentos que pretenden representar, no los sentimientos ni las ideas, sino la esencia, el alma de ellos, y hasta fotografiar las sensaciones instantáneamente, si es permitido decirlo. Ya no se gasta el oído en armonizar las palabras, sino que se quiere armonizar las ideas; dar una melodía extra humana. Y luego, como cada palabra, tiene color, perfume y sonido!

Esta corriente, arranca de los parnasianos, quienes convirtieron la escuela en taller, donde se labraba y se pulía con medida y peso religiosos. En seguida, el más aventajado de esos artifices, Paul Verlaine, rompe los moldes donde se medía la cadencia y se pesaba el ritmo, y con sus caracteres contradictorios desvía la corriente, buscando nuevos campos. Aquí aparece, entre una pléyade de valientes trabajadores, el más dotado de las cualidades de la innovación: Stéphane Mallarmé.

Muerto Verlaine, Mallarmé quedó en el sillón del loco prodigioso, y nadie le disputó ese puesto.

¿Quién era Mallarmé? ¿Cuál era su ideal? Hemos oído decir que era un gran innovador, artista de lo difícil: que pretendía y casi alcanzó a crear una nueva literatura, literatura que llegó a ser incomprensible para el vulgo porque la clave la poseían solamente sus discípulos.

Y para hablar de un autor como éste, que llegó a escribir sus versos hasta sin ninguna puntuación, en un lenguaje opuesto o fuera del lenguaje de todos, y que representaba sus ideas por símbolos, por imágenes misteriosas, Darío, usa un lenguaje semejante, que en el oído habituado a la armonía y cadencia españolas, golpea ásperamente, y se vuelve también incomprensible. Es que Darío oficia en todas las escuelas, y no pertenece a ninguna, y es universal sin dejar de ser individual. Con la lira griega dice:

No quiero el vino de Naxos
Ni el ánfora de ansas bellas,
Ni la copa donde Cípria
Al gallardo Adonis ruega

Quiero beber el amor
Sólo en tu boca bermeja,
Oh amada mía! en el dulce
Tiempo de la primavera!

Americano, hace decir a la paloma en los bosques intertropicales,

Mi ala es blanca y sedosa,
La luz la dora y baña
Y céfiro la peina.

Son mis piés como pétalos de rosa.
Yo soy la dulce reina
Que arulla a su palomo en la montaña

Yo despierto a los pájaros parleros
Y entonan sus melódicos cantares:
Me poso en los floridos limoneros
Y derramo una lluvia de azahares.

.....

Francés, sus cuentos son superiores a los de Catulle Mendés, y español, elogiando la seguidilla, dice con exquisito sabor castellano:

A tu voz en el baile, crujen las faldas,
Los piecitos hacen brotar las rosas
E hilan hebras de amores las Esmeraldas
En rucas invisibles y misteriosas

La andaluza hechicera, paloma arisca,
Por tí irradia, se agita, vibra y se quiebra,
Con el lánguido gesto de la odalisca
O las fascinaciones de la culebra

Esta poesía fué escrita por Darío en su primer triunfo en España, el año de 1892, y en estos momentos escribe entre otras cosas:

"España no tiene ya en América un palmo de tierra, y poco ha faltado para que no contase entre las naciones americanas de su sangre y de su lengua, con una voz amiga, etc., etc."

Su composición a Verlaine, fué llamada en la misma revista La Patria, inextricable.

¿PUEDEN DARSE MAYORES Y ENCANTADORAS EXTRAVAGANCIAS?

Un artículo sobre el legendario poeta de Prosas Profanas publicado por Mariano Barreto en La Patria, ha provocado en los diarios una especie de discusión respecto de la personalidad de Darío, como hombre, como nicaragüense laureado en el extranjero y respetado y querido en las Américas Latinas. A mi juicio, en todo lo que va escrito hasta hoy, se ha olvidado por completo lo esencial, lo que importa desentrañar para bien de la razón y de la verdad: la estética del autor de Azul.

Su estética... alegan que no la tiene: él mismo esboza esta opinión: yo sostengo lo contrario.

Lo positivo del problema está, en algo que, a mi entender, no se compadece con el grado de adelanto relativo que alcanzamos por estas latitudes, en el rezago mental que padecemos por la falta de orientación en los métodos nuevos, que hacen de la literatura de última hora, un teatro sui generis, digno de estudio y atención especiales.

El procedimiento revolucionario y caprichoso de Darío —parece mentira! — causa extrañeza por acá, y en España misma, lo reciben con aplausos y lo reputan la mejor presea de su campaña lírica.

Que púberes canéforas te ofrenden el acanto,
Que sobre tu sépulcro no se derrame el llanto,
Sino rocío, vino, miel:
Que el pámpano allí brote, las flores de Citeres,
Y que se escuchen vagos suspiros de mujeres
Bajo un simbólico laurel!

No se necesita estar iniciado en los secretos de las nuevas escuelas para comprender que esto es sencillamente una serie de bellas imágenes sugestivas, desfilando entre las vaguedades de la penumbra que forma el resplandor todavía fuerte del gran lírico que cae en el sepulcro, y las sombras de que se cubren los ojos del alma viendo su desaparición.

Tratando de Mallarmé, es ya distinto. El reconoce que no se puede hablar en español de un poeta incomprensible aun en su mismo idioma, y llama inútil a su labor.

Esto es lo que yo deduzco, colocados como estamos, los nicaragüenses, fuera del nuevo movimiento literario, é ignorando por lo mismo todo lo que los tratados de la nueva estética, enseñen a este respecto.

De Ud. atto. Ss.

FRANCISCO PANIAGUA PRADO

Jurisconsulto; parlamentario sobresaliente, profesor, escritor y reconocido orador, fue de los primeros en apreciar y valorar en Nicaragua la revolución literaria de Rubén Codificador, Magistrado de la Corte Centroamericana de Cartago.

La poesía no la forman hoy las palabras de corte académico o de agradable sabor retórico; la poesía es la música, la orquestación de los pensamientos, dentro de la universalidad de una idea atrevida y no gastada. Menéndez Pelayo, Valera —don Juan— eruditos, críticos, de ninguna manera poetas.

Crear, crear y crear: este es el secreto del triunfo perdurable en las encumbradas regiones del espíritu noble.

La prosa, que venga dentro de la gramática, en lo absolutamente necesario, y en seguida, que corra y corra, si viste clámide de belleza y el artista deshoja flores predilectas en los jardines de Apolo.

He ahí la estética de Darío.

Y luego... París. Porque España —oh gloriosa madre España!— concedido que posee su rica literatura, elevado minarete donde brilla ahora un faro espectral, sin embargo, todavía desgraciadamente, no ha brotado en ella una generación que arrume las gastadas corazas y despliegue el oriflama de tendencias que deslumbren.

El mundo pensante habrá de reconocer en Verlaine —infeliz Lelian!— al genio soberano de la rima sonora y robusta: domina por sus versos admirables, donde la melodía

florece en un himno triunfal; más, encanta sobre todo por su indumentaria artística. Extraña postura la de este monomaniaco ebrioso, que teme a Dios y ama a la Santa Madre María, que vive en la blasfemia y en el pecado, para subir acto continuo al monte de la Piedad.

a la Rose
Immense des purs vents de l'amour
A la chaste abeille qui se pose
Sur la seule fleur d'une innocence mi-close

Es esta complexión de ángel y demonio, de iluminado y de incrédulo, lo que atrae y pasma y hace fijar los lentes de examen en tan raro ejemplar de la insania dolorosa.

Tras Verlaine, Mallarmé, el que recogió el roló clarín épico del desventurado maestro de Les Poèmes Saturniens, por unánime y reflexiva voluntad del cenáculo intelectual parisiense.

Y así es como yo me explico el estudio de Darío sobre el mago de Les Fenêtres: páginas de asombrosa incoherencia con reflejos de un conocimiento intuitivo de su obra sorprendente. "Las formas últimas del pensamiento europeo son perfectamente intraducibles al castellano, lengua de conquista o de adoración pagana, en la que se desvanecen las penumbras". Tal para cual.

Insisto: ignoramos los modernos procedimientos estéticos.

Ha de admirar por aquí, que la veta literaria suba hasta la especulación en las regiones macabras.

El satanismo, la magia, sirven de rico y no explotado filón a Huysmans y a Jules Bois para escribir libros admirables donde las iradiciones antiguas y viejos ritos religiosos —un catolicismo romántico— aparecen dibujados por el lápiz de esos artistas con tonalidades peligrosas para la Teología romana. Fuera de esto, ellos presumen, trascienden el amor a su modo, y lo revelan en escenas abra cadabrantes —una llamarada roja de sensualismo atroz—, escenas en que la cantárida provoca los espasmos infinitos en las mujeres cloróticas y en los mozos imberbes consumidos por las fiebres de los deseos lúbricos.

Además... creen en el ocultismo, en la Misa Negra, y el sabat.

¿Pueden darse mayores y encantadoras extravagancias?

¿Y el masoquismo, el sadismo y el fetichismo?

Por el otro lado, ¿y el vizconde de Vo güé y Leon Bloy?

.....
Necesitamos —pues— regocijarnos con esos estragos literarios en cerebros malsanos, para que no nos cieguen los fugaces resplandores que de cuando en vez van certeros a herirnos la retina.

Para mí, ahí está lo positivo del problema, lo repito.

Me refiero a Nicaragua, aunque podría concretarme a las Américas hispanas, excepción sea hecha de México y la República del Plata.

Va pasando el turbión, felizmente, por el esponáneo y difícil esfuerzo de un escaso aposolado intelectual, pero, aun se piensa en Nicaragua en el bárbaro absolutismo de la gramática, en la métrica encogida, en el riguroso surco del léxico español, tiraje de 1884. Las reglas! Los neologismos! Donosa salida para los impro ductores en cuyo huerto no canta el ruiseñor aladas armonías!

Sucede que nuestros amables Aristarcos se asustan cuando oyen que el joven heraldo de la aristocracia de las letras, anuncia: invento! novedad! Lucidos se quedarán los señores profesores con su pendón arcaico.

Leo en un sesudo artículo con que Darío abre la sección americana de Vida Nueva, que el doctor argentino Luciano Abeille provoca una revolución en el lenguaje de su país, revolución que acredita ciencia profunda y no común altura mental.

Sepamos de Abeille: el lenguaje se asemeja a una tabla de bronce en que cada generación y cada elemento ha grabado algunas líneas: pretender reducir el argentino al castellano, no sería sino querer borrar los caracteres y rasgos que le dan todo su precio. Es como si se redujera el español al latín, tentativa no sólo vana é ilógica, sino también contraria a la historia y a la lingüística.

Darío seguidamente escribe: el purismo es hoy ya planta rara en el Río de la Plata; en cambio, en Tegucigalpa de Honduras o en León de Nicaragua, no falta el licenciado fósil o dómene indígena que ande con la cerbatana o la flecha a caza de galicismos.

Párrafos llenos de punzante intención: apenas le cambiaría yo la frase León de Nicaragua por Granada de Nicaragua. (Por la verdad y por la justicia).

*

Llegaremos, si, llegaremos tarde o temprano, a la florecencia de un nuevo Sol que disipe las brumosas "hinchazones retoricistas" de los apegados al tiempo viejo. A la juventud le corresponde el trabajo del presente para preparar la aurora del mañana.

Métodos nuevos, nuevas armaduras, ornamentación característica: un ideal! un ideal!

Y para cerrar con llave de oro, las hermosas palabras de Ramiro Maeztu, valientemente exhibidas cerca de la ilustrísima Academia Española, como si dijéramos, en el ríñon del optimismo ideológico:

El espíritu americano necesita otros moldes; necesítalos también el espíritu español, que no es el andaluz, ni el bable, ni el mallorquín, ni el castellano, ni el vascongado,

ni el catalán, ni el valenciano, ni el aragonés. pero que es un compuesto de los espíritus de estas regiones. Hemos de crear el español

para hacer patria, y esto no se consigue más que despedazando el diccionario y echando la gramática a los perros.

“AZUL” Y “PROSAS PROFANAS Y OTROS POEMAS” NO PARECEN PRODUCTOS DEL MISMO CEREBRO

FELIX QUIÑONEZ

Abogado escritor distinguido gramático y estilista,
director y fundador de la Revista “La Patria” de gran
valor en el desarrollo de las letras nacionales.

Tal es el nombre del último libro que ha publicado nuestro compatriota Rubén Darío en la capital de la República Argentina.

Hemos recorrido las páginas de ese libro con el interés que siempre nos han inspirado las producciones literarias de uno de los más poderosos ingenios que ha producido Centro América en la época moderna.

Ese interés data en nosotros desde que Darío, muy joven todavía, hizo sus primeros ensayos en la vida literaria. La primera composición poética que de él se publicó fue enviada por nosotros a “El Termómetro”, periódico que publicaba en Rivas el entonces liberal doctrinario Don José D. Gámez. Esa composición y otras que se publicaron después, le valieron el cognomento de “poeta niño” con que le calificara por sus pocos años el Director de “El Termómetro”.

Darío fue a El Salvador y allí aumentó grandemente su reputación y caudal literarios, y después pasó a Chile en donde su buena reputación, en el campo de la literatura, llegó a su mayor auge con el apareamiento de sus libros “Azul y Abrojos”.

Sin embargo, esa alta y universal reputación que adquirió Darío, y sobre todo, el habersele considerado como el principal Apóstol del “modernismo” en América, le han causado muy grave perjuicio.

Su afán de originalidad y de imitar a los modernistas franceses en lo inexplicable de sus composiciones, va conduciéndole, por modo notable, a la pérdida de su riquísimo estilo y de su genio, que han sido justamente elogiados por muy buenos literatos de Europa y América.

Así como “Azul” deja grato e imperecedero recuerdo por la riqueza de su estilo, por la originalidad de la forma y por la claridad del concepto, “Prosas Profanas y Otros Poemas”, nos trae a la memoria la decadencia literaria de Góngora, uno de los mejores ingenios que ha producido España.

“Azul y Prosas Profanas y Otros Poemas”, no parecen productos del mismo cerebro. El primero agrada generalmente a sus lectores, porque todos pueden comprenderle. En el segundo sólo pueden admirar, con raras excepciones, la tendencia a lo nue-

vo y a lo original en todo, desde el “prólogo” hasta el título y medida de las composiciones en verso.

Es verdad que, a pesar del afán que Darío demuestra en hacer composiciones ininteligibles a lo Verlaine, todavía se encuentran algunas, en el libro a que nos referimos, que revelan a uno de los mejores poetas que ha producido la América Latina; pero hay otras que requieren dos y más lecturas para ser comprendidas, si es que pueden comprenderse.

En el deseo de que se conozca lo principal del último libro de Darío, reproducimos a continuación su prólogo y citamos las mejores composiciones que contiene:

PALABRAS LIMINARES

Después de Azul después de “Los Raros”, voces insinuantes, buena y mala intención, entusiasmo sonoro y envidia subterránea, —todo bella cosecha— solicitaron lo que, en conciencia, no he creído fructuoso ni oportuno: un manifiesto.

Ni fructuoso ni oportuno:

a) Por la absoluta falta de elevación mental de la mayoría pensante de nuestro continente, en la cual impera el universal personaje clasificado por Remy de Gourmont con el nombre de *Celui-qui-ne-comprend-pas*. *Celui-qui-ne-comprend-pas* es entre nosotros profesor, académico correspondiente de la Real Academia Española, periodista, abogado, poeta, rastaquouer,

b) Porque la obra colectiva de los nuevos de América es aun vana, estando muchos de los mejores talentos en el limbo de un completo desconocimiento del mismo Arte a que se consagran,

c) Porque proclamando como proclamo, una estética acrática, la imposición de un modelo o de un código, implicaría una contradicción

Yo no tengo literatura “mía” —como lo ha manifestado una magistral autoridad,— para marcar el rumbo de los demás: mi literatura es mía en mí; —quien siga servilmente mis huellas perderá su tesoro personal y, paje o esclavo, no podrá ocultar sello o librea. Wagner a Augusta Holmés, su discípula, dijo un día: “Lo primero, no imitar a nadie, y sobre todo, a mí” Gran decir.

Yo he dicho, en la misa rosa de mi juventud, mis antifonas, mis secuencias, mis profanas prosas— Tiempo y menos fatigas de alma y corazón me han hecho falta, para, como un buen monje artífice, hacer mis mayúsculas dignas de cada página del breviario (A través de los fuegos divinos de las vidrieras historiadas, me río del viento que sopla afue-

ra, del mal que pasa). Toca, campanas de oro, campanas de plata, toca todos los días llmándome a las fiestas en que brillan los ojos de fuego, y las rosas de las bocas sangran delicias únicas. Mi órgano es un viejo clavicordio pompadour, al son del cual danzaron sus gavotas alegres abuelos, y el perfume de tu pecho es mi perfume, eterno incensario de carne, Varona inmortal, flor de mi costilla.

Hombre soy.

¿Hay en mi sangre alguna gota de sangre de Africa, o de indio chorotega o nagrandano? Pudiera ser, a despecho de mis manos de marqués: más he aquí que vereis en mis versos princesas, reyes, cosas imperiales, visiones de países lejanos o imposibles: que quereis! yo detesto la vida y el tiempo en que me focó nacer, y a un presidente de República no podré saludarle en el idioma en que te cantaré a tí, oh Halagaball de cuya corte —oro, seda, mármol— me acuerdo en sueños

(Si hay poesía en nuestra América ella está en las cosas viejas, en Palenke y Utatlán, en el indio legendario, y en el inca sensual y fino, y en el gran Moctezuma de la silla de oro. Lo demás es tuyo, demócrata Walt Whitman).

Buenos Aires: Cosmópolis

Y mañana!

El abuelo español de barba blanca me señala una serie de retratos ilustres: "Este, me dice, es el gran don Miguel de Cervantes Saavedra, genio y manco, éste es Lope de Vega, éste Garcilaso, éste Quintana". Yo le pregunto por el noble Gracián, por Teresa la Santa, por el bravo Góngora y el más fuerte de todos, don Francisco de Quevedo y Villégas— Después exclamó: Shakespeare! Dantel Hugo! (Y en mi interior: Verlaine...!)

Luego, al despedirme: "Abuelo, precioso es decirlo: Mi esposa es de mi tierra, mi querida, de París".

Y la cuestión métrica? Y el ritmo?

Como cada palabra tiene una alma, hay en cada verso, además de la armonía verbal, una melodía ideal. La música es sólo de la idea, muchas veces

La gritería de trescientas ocas no te impedirá, Silvano, tocar tu encantadora flauta, con tal de que tu amigo el ruiseñor, esté contento de tu melodía. Cuando él no esté para escucharte, cierra los ojos y toca para los habitantes de tu reino interior. Oh pueblo de desnudas ninfas, de rosadas reinas, de amorosas diosas!

Cae a tus pies una rosa, otra rosa, otra rosa. Y besos!

Y, la primera ley, creador: crear. Bufe el eunuco: cuando musa te dé un hijo, queden las otras ocho en cinta.

"Era un Aire Suave...", "Blasón", "Alaba los Ojos Negros de Julia", Canción de Carnaval", "Bouquet", "El Faisán", "La Página Blanca", "Sinfonía en Gris Mayor", "Año Nuevo" y "Responso a Verlaine" son las principales composiciones que contiene el último libro de Darío, y las dejamos señaladas para que nuestros lectores puedan formarse cabal juicio de su índole y tendencias.

Pertenece al número, no escaso, de los admiradores de Darío; pero no podemos aprobar sus últimas aspiraciones literarias.

Creemos que para llegar a la cumbre no es necesario hacerse incomprensible para el común de los lectores. La originalidad y el verdadero mérito están bien lejos de reñir con la claridad del concepto y la elevación en las ideas. Campoamor y Núñez de Arce con justicia de alto renombre en la literatura contemporánea, y sus obras están al alcance de toda persona. Esas tendencias deseáramos en Darío, para que, con su originalidad y genio que le son peculiares, llegara a ser contado en el número de los grandes literatos de América.

EN "ESPAÑA CONTEMPORÁNEA": LA CONMOCION DE SU ESPIRITU, LA SINCERIDAD DE SU CRITERIO

ANTONIO MEDRANO

Abogado de fama, parlamentario destacado, orador, fundador junto al Dr. Vayegas de la Academia Literaria de León y de la Revista El Alba que gozó de reconocido prestigio, fue uno de los líderes de la Juventud Nicaragüense que a principios del siglo defendió el movimiento literario dariano y lo propagó en Nicaragua.

Es el último libro de Rubén Darío.

Después de Azul... , el libro perfumado y armonioso —floral del alma joven— escrito bajo los apacibles boscajes, entre la música de los pájaros y el solemne rumor de la Naturaleza; después de A. de Gilbert, el recuerdo para el amigo que se marcha a la otra ribera, para el artista que suelta la pluma y abandona el trabajo glorificador, después de Los Raros, bronceos lucientes que cinceló el entusiasta amor de lo nuevo y sutilmente refinado, laureles tejidos por la admiración para las frentes de los grandes ignotos; después de Prosas Profanas, colección riquísima de cuadros frescos y encantadores, pauta de notas únicas, florilegio de gallardas coloracio-

nes e indefinibles matices, el libro de crítica.

Un sonoro libro de crítica sobre España, la España decadente que ha visto reducirse sus dominios y ha soportado con dolorosa resignación —herida profundamente en su orgullo— la bofetada vulgar del yankee; la gloriosa España que ha quedado viviendo de los recuerdos, que ha visto —sumida en su amargura— marchitarse los laureles de Zaragoza, entenebrecerse las cumbres del Moncayo y como "la caja de hierro del banquero quebró la hoja triunfante de Pelayo"; la España que despierta todas las simpatías de raza y cuya contraria suerte aviva el cariño de las nobles memorias.

Y Rubén Darío estudia con predilección

los síntomas de inevitable ruina, las causas de la decadencia actual y los medios de vida que aun surgen —consoladores Ararats— del cieno de tantos descalabros. Se ve la palpitación del sentimiento al tocar las llagas de los desiertos administrativos y el rayo consolador que alumbra la faz al encontrar los elementos regeneradores; el dulce afecto que hace latir su corazón bajo una oleada de sangre hispana y que procura infundir vida a la madre anémica aproximándola al coro de sus hijas jóvenes y, a veces, el desconsuelo de pensar si llegará el remedio demasiado tarde.

Nos habla de todo cuanto ve: del orgulloso pueblo catalán, fiendiente al autonomismo y que pasea su blusa de obrero como un manito de rey cual si abrigara "una corona de conde en el cerebro"; de la Villa coronada y sus reuniones y sus hombres y los acontecimientos que detienen la atención; de los treinta y seis inmortales, de doña Emilia Pardo Bazán y de los poetas de la corte; de las visitas que hace, de las fiestas a que asiste, de sus paseos; del periodismo, de la novela; de la literatura bajo todas las fases que presenta; del arte en todas las manifestaciones que ensaya.

En su libro hay estadística. Nos dice el número de condes y de marqueses y de duques que registra el escalafón de la nobleza; estudia la joven aristocracia, degenerada, sin ideales, sin aspiraciones, sin entusiasmos, y concluye: "No, no puede aguardar nada España de su aristocracia. La salvación si viene, vendrá del pueblo guiado por su instinto propio, de la parte laboriosa que representa las energías que quedan del espíritu español, libre de políticos logreros y de pastores lobos".

SU VIDA ES UNA AGITACION PERFECTA

La obra de Darío no está destinada a crear prosélitos o admiradores en las clases populares, porque el es el hombre de los cenáculos y sus jueces deben ser iniciados en el arte y rubricados en la aristocracia de las letras.

Representante genuino del dandismo literario, es el artista de las finas pinceladas, de los ricos y delicados coloridos y de las variantes más caprichosas. La música de un Gounod o de un Cimarosa, como los cuadros del Corregio o las acuarelas de Watteau, deben sumergirle en exquisita réverie.

Y en este libro en que no todo es arte, porque sería "exclusivo", se leen las sonoras páginas consagradas a la memoria del más grande de los oradores de España, del "Cristóstomo parlante" que pudo liberar a doscientos mil negros con un solo discurso. Solas, bien valen un libro, un hermoso libro artístico. Bajo la clara linfa sonora de los períodos que reflejan como un brillo maravilloso de diamante o un riquísimo oriente de perla, parece descubrirse la torrencial elocuencia tribunicia del verboso gaditano. Castelar...! No, no ha sido desertor, ni renegado, ni... cobarde! La libertad fue siempre su adorada y la bandera de sus principios no se arrió, sino —una vez— ante el desastre de la patria, cuando, con la elocuencia del alma, pudo exclamar: "antes que republicano, soy español". No, él no fue el "tránsito".

El genial escritor, el poeta azul, ha puesto en ese libro la conmoción de su espíritu, la sinceridad de su criterio; todo en un estilo sonoro y cespado, como se lo imaginaba mi bueno y cariñoso amigo Vanegas, y es por esto, quizá, que el libro resulta interesante hasta en las últimas minuciosidades, hasta en los últimos datos numéricos.

La palabra es un Proteo. Bien está que se perfume, que se ilumine, que adquiera tonalidades de lira, rumores de fuente, sollozos de brisa, que pinte los caprichos del crepúsculo, la alborada de los trópicos, la primavera que enflora los viejos troncos y las nuevas ramas; pero también que lleve el lamento de las desgracias, la armonía del trabajo y la dulzura de las parábolas mesiánicas.

HILDEBRANDO A. CASTELLON

Médico, político y literato de prestigio Autor de obras literarias y pedagógicas.

Su producción literaria ha pasado en revista el vasto escalafón de la poesía castellana. Todos los métodos y todas las escuelas modernas y aun antiguas, denuncian su filiación en el maremágnum de esa erupción continua que forma su bagaje intelectual.

Su vida es una agitación perpetua con oscilaciones impulsivas que denuncian la perseverancia, y medrosos desfallecimientos que exhiben su timidez. Es una novela de interesante trama.

Su naturaleza pasional, su carácter de indecisión y apocamiento moral, han creado

alrededor de su vida una como atmósfera donde la tristeza, el dolor, las decepciones, las esperanzas desvanecidas, las emboscadas de la traición, la intranquilidad, la incertidumbre, forman el casco de ese globo dirijible que lleva por timonel la ilusión que es la rosada esperanza de algo mejor.

El secreto de sus triunfos literarios está más en la exageración de sus concepciones y en la música sui géneris de sus palabras, que en la trascendencia de sus ideas o la tenacidad de una lucha intensa por un ideal de belleza. La biografía analítica de Rubén Darío sería su muerte, su condenación. Su obra hay que contemplarla de lejos como las Madonas de Rafael o la Gioconda de Vinci: su proximidad las desfigura.

Hay gentes que prefieren la literatura de las ideas a la literatura de las imágenes o de las palabras floridas; para esas no hará historia Rubén Darío, pero todos encontrarán en sus escritos, sensaciones vivas, observaciones picaníes, emociones sinceras, que estoy seguro aceptarían con beneplácito para figurar en el interesante capítulo destinado al estudio íntimo del espíritu y corazón humanos.

La filosofía del laureado bardo, es como su literatura: ningún sistema, ni escuela le monopoliza. A veces se le observa lleno del más acabado misticismo cristiano, salmodiando con piadosa devoción la enseñanza bíblica, ora entona cantos panteístas, ora aparece como excéptico o incrédulo.

Darío, cuando habla, nos hace a veces el efecto de un viejo sibarita, o mejor, de un venerable cura de aldea, apegado a las costumbres clásicas, con la suntuosidad y bonhomía de la tradición, que exige se hable en voz baja, pausada, a veces entrecortada, sembrando de adjetivos y cuentos la conversa-

ción, y recordando así aquellas figuras de Balzac. A veces parece distraído, y sucede con frecuencia, con gran sorpresa de sus íntimos, que pierde la memoria de los hechos que no han herido su cerebro o sacudido violentamente sus nervios.

Socialmente es un tímido. No pertenece a esos hombres de relumbrón, de espíritu airevido que hacen su fuerte de lo imprevisible, diletantes de salón, caballeros de la pulcra forma, que exhiben en sociedad su desembrazo y habilidades como saltimbanquis en un circo. Modesto, pero amanerado, revela sobre su semblante los reflejos de una nostalgia indecible.

Como ciertos espíritus cultivados y nacidos en el vaivén de la vida mundana. Darío es un gran "gourmet" Su paladar amaestrado distingue con singularidad los refinamientos del arte culinario y sus capacidades técnicas para el arreglo de un menú, son proverbiales entre sus amistades.

Posee Darío, no solamente hábitos de refinamientos que se reclaman del occidente y del oriente, sino que como Bolívar, que vaciaba en pocas semanas mas de treinta mil duros en las capitales de Europa, nuestro poeta suele a veces ser más que un generoso, un pródigo, y la leyenda cuenta que una demi mondaine, cantada por Víctor Hugo, Marion Delorme, le hizo disipar en ocho días, muchos millares de francos.

Rubén es el incomparable rizador de pensamientos, que ha sido aclamado por las huestes intelectuales de América, príncipe de la poesía castellana, la crítica, con su escalpelo iridado y el tiempo con su noche de olvido, dirían mañana si esta exaltación fue usurpada, o si merece consagrarla, reservándole un palco de honor en la historia literaria de los siglos XIX y XX.

LA FINEZA DE SU OIDO, EL DON MUSICAL QUE REVELABA

LUIS H. DEBAYLE

Médico eminente, escritor y poeta, gran amigo de Darío desde la infancia y hasta el último momento de su vida.

No puedo menos que recordar, épocas y escenas que, fijas con fotográfica exactitud, están en mi memoria. Tus comienzos, tus amores, tu timidez, tu natural retraimiento interpretado erróneamente por intelectos mediocres; tu carácter y originalidad personal, cuyo sello he visto estampado en tus obras, en las etapas de tu vida literaria y en tus mismas innovaciones y conquistas. Desde entonces pudimos leer los que te conocimos bien aquel mandamiento promulgado más

tarde en tu Decálogo literario: "El clisé verbal es dañoso porque encierra en sí el clisé mental y juntos perpetúan la anquilosis, la inmovilidad".

Bien presente tengo tu disposición especial por el dibujo, probada en el admirable retrato de Mr. Swan, que valió al improvisado artista la honra de colocar su obra en el salón de nuestro Club.

Y la sutil fineza de tu oído, el don musical que revelaste en los rudimentarios te-

clados del acordeón y del armonium, y que más tarde le hizo gustar música wagneriana, siendo a mi entender, esta facultad admirable de tu artística personalidad, la clave, en parte, de la delicadeza de su ritmo y de la obra de innovación sintetizada en su singular teoría de la MELODIA IDEAL. Porque has querido ir hacia el porvenir "siempre bajo el divino imperio de la música, —música de las ideas, música del verbo". Y eres hoy, como lo confirma el eminente crítico musical español Subirá, "el óptimo músico de sonoridades wagnerianas de bellos ritmos y de ideas bellísimas.

Como quisiera tener aquí presente aquel personaje decorativo, rico influyente, con etiqueta de sabio e incapaz de comprender los quiméricos sueños del poeta y los vuelos del arte, espíritu hecho en molde, como abundan entre nosotros, para quien sólo existía la clásica verdad rutinaria, y que el ver mi cariño rayano en admiración por í, me preguntó extrañado:

—Y qué encuentra Ud. de extraordinario en ese joven? Tus grandes hechos han confirmado plenamente mi previsión, y mi respuesta de entonces.

Tú podrías contestar hoy, mejor que yo lo hiciera, y mejor que nosotros, Marcelino Menéndez Pelayo, Valera y otros más que han proclamado la excelsitud de tu númen.

Y José Enrique Rodó, al escribir: "Es el leader de la literatura hispanoamericana. Y Emilio Castelar al enviarte su discurso en la Academia Española: "Mi cariño, mi amistad, mi admiración constante, usted los tiene".

Y Juan R. Jiménez: "Es indiscutible que Rubén Darío, caballeresco y emocionante, es el poeta más grande de los que actualmente escriben castellano".

Y Francisco Navarro Ledesma: "Muerto Campoamor, la lengua castellana cuenta por fin, con un gran poeta de ideas y sensaciones, a quien ni el mismo Zorrilla le igualaría en el sentido musical".

Y Martínez Sierra: "Rubén Darío ha hecho vibrar la música de la lengua española para cantar, complejas maravillas, cisnes, mujeres, inquietudes, boscajes, marchas de triunfo, madrigales, filosofías viejas florecidas en corazones nuevos, galantería inmortales, flores y centauros".

Y González Blanco, y Justo Sierra: "Es el poeta múltiple; es el poeta complejo; es el poeta inquieto, es el poeta atormentado; es el poeta admirable . . ." "Es evidente que ha entrevisto y nos ha hecho entrever un color más en la poesía castellana un ultra violeta que no conocíamos".

Y Elycio Carvalho, se explicaría: "Es un artista refinado, aristócrata y suntuoso, que practica el arte del sueño, el culto a lo irreal y al idealismo puro . . . es uno de los mayores, si no el mayor de los poetas de la América española, en estos momentos de la raza y de la lengua".

Y el coro de los hombres de arte y discípulos y admiradores de tu obra de regeneración y renacimiento, podría juntar su colectiva exclamación ante la homérica figura: "Es no sólo un poeta eminente, sino el príncipe de los poetas del habla castellana!

Con cuanto gozo recibíamos la noticia de tus triunfos! Como nos enorgullecíamos, cual si fuese propia, con cada corona que ceñía tu frente pensadora! . .

Cuántas veces se recordaron aquí mismo escenas de tu infancia, la portentosa precocidad de tu talento, y como tu nombre, repetido con orgullo por los padres, producía el éxtasis de admiración en las juveniles almas de los niños.

El destino quiso ponerme en contacto con las principales etapas de su vida: en la infancia, en la escuela, en su primer viaje a España, en su vuelta triunfal a esta tierra querida, en sus triunfos recientes de Europa y América del Norte, y por último, en su enfermedad y en su muerte.

Reclamo un solo honor: haber desde nuestra niñez, amado al amigo, y adivinado al genio.

Hace algunos años dí la bienvenida a este peregrino del ideal.

Su corazón enternecido vertió su lágrima filial sobre "la crin amada de su viejo León" —y dijo:

"La Patria es para el hombre lo que siente o
(que sueña,
Mis ilusiones y mis deseos y mis
Esperanzas, me dicen que no hay Patria pequeña,
Y León, es hoy a mí, como Roma o París".

Y aun resuena en mis oídos su frase emocionada respondiendo a la salutación en mi hogar:

"Aquí un verbo ha brotado que inspira y perdura,
Aquí se ha consagrado a la eterna armonía
Por las rosas de idea que han dado al alma mía
En sus pétalos frescos, la fragancia más pura.
Suaves reminiscencias de los primeros años
Me brindaron consuelos en países extraños,
Y hoy sé por el destino prodigioso y fatal
Que si es amarga y dura la sal de que habla
(el Dante,
No hay miel tan deleitosa, tan dulce y tan fragante
Como la miel divina de la tierra natal

Vino entonces a depositar sobre el altar de la Patria los trofeos y las coronas de sus triunfos.

Y esta vez volvió al viejo nido, cual ave mortalmente herida, a reclinar su frente moribunda en el regazo materno, para que recogiésemos su último aliento y para que sus sagrados despojos, glorificasen esta patria querida y desgraciada, tan digna por mil títulos de nuestro afecto, para que su tumba irradiase su luz inmarcesible sobre el orbe civilizado.

Para Grecia, Homero; para Italia, el Dante; para Inglaterra, Shakespeare; para Francia, Víctor Hugo; para Nicaragua, para Centro América, para la América latina: Rubén Darío.